



57%

1 248 2-2



EN LAS
REDES
DEL
MIEDO

NANDO LÓPEZ



GRAN
ANGULAR

En las redes del miedo

NANDO LÓPEZ





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: marzo de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Eduardo Nacarino

Este libro fue publicado por mediación de Dos Passos Agencia Literaria

© Nando López, 2019
© Ediciones SM, 2019
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9182-512-8
Depósito legal: M-3392-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



caulfield_is_back



caulfield_is_back ¿Y si fuera tan fácil...?

Ya son casi las doce y, como todas las malditas noches de junio en los últimos años, estoy encerrada en casa, intentando memorizar cientos de datos estúpidos para un examen, hasta que las sirenas y el ruido de la calle me interrumpen.

Abandono los apuntes, resignada a que jamás conseguiré hacerme con ellos, y me asomo a la ventana para averiguar qué sucede. Abajo, en mi portal, comienzan a reunirse algunos vecinos con esa misma intención. Desde aquí no puedo oírlos bien, así que recurro al móvil para informarme.

El InstaStories de la gente de mi clase está lleno de imágenes del incendio que, según parece, acaba de producirse en nuestro instituto. Alguien ha empezado a postear fotos con #ArdeElValdés, y el resto lo ha seguido inmediatamente, así que a lo mejor acabamos convirtiendo en *trending topic* este triste punto y final para uno de los peores cursos que recuerdo. Despedir junio con un fuego que, según veo en los vídeos, ha devorado el módulo donde se encuentra el gimnasio, es una forma tan pésima como coherente de acabar este curso.

Pienso si debo o no bajar yo también, si quiero acercarme hasta el edificio para enterarme algo mejor de lo que ha sucedido e incluso si tengo que seguir estudiando para un examen que, después de esto, quizá se suspenda. Imagino que la policía y los bomberos habrán acordonado la zona y dudo que nos dejen pasar. Además, tampoco sé si quiero ver a quienes andarán por allí ahora mismo.

Entre los tuits y los pies de foto del Insta, #ArdeElValdés se hace cada vez más popular, incluso entre gente que no estudia con nosotros, pero que sí se imaginan lo que pasaría si su instituto se incendiara en plena semana de exámenes.

«Qué suerte, ¿no? Me pido uno igual en el mío. #ArdeElValdés».

«Siempre dije que este insti era un infierno #ArdeElValdés».

«¿Y ahora qué hacemos con el baile de graduación? #ArdeElValdés».

Confieso que, en medio de las bromas macarras y de algún que otro *selfie* que, la verdad, no entiendo, yo también lo he pensado. Qué hacemos con el baile de la semana que viene... Pero no con interrogaciones, sino con alivio. Que no se celebre esa americana que se les había ocurrido hacer este año es una gran noticia. Al menos para mí. Con que nos gradúemos, nos den el diploma o lo que nos tengan que dar y nos dejen salir de una vez, ya me conformo. Solo tengo ganas de dejar esto atrás, de salir de este lugar donde todo se me hace pequeño, minúsculo, donde siento que en vez de diecisiete sigo teniendo nueve, diez, once años, porque todo sigue bajo el mismo control, bajo esa continua vigilancia que te impide tomar tus decisiones. No necesito que nadie organice un baile ni una fiesta ridícula, lo único que quiero es que me digan que ya se ha terminado, que no voy a tener que convivir más entre estas cuatro paredes con gente con la que, al menos este curso, he sentido que no tenía absolutamente nada que ver.

Menos con Joel, claro. Con Joel es diferente.

Aunque el tema del baile haya provocado cierta tensión entre los dos y todavía no esté segura de que Joel me haya entendido. Porque mi respuesta a su pregunta no tenía que ver con él, ni con un posible nosotros. Mi respuesta solo era la consecuencia lógica de mis miedos, la necesidad de controlar las voces que vuelven a mí cuando menos me lo espero. Pero eso es algo que no sé si he sabido explicar. O si ha sido él quien no lo ha sabido comprender.

Ahora mismo, es el único que no tiene imágenes del fuego en su cuenta. El resto de nuestros compañeros han corrido hasta el Valdés y los que viven más lejos están repostando las fotografías de los que sí están. Como la mayoría estamos suscritos en Twitter a @IxsdelValdés, todos recibimos la misma información de lo que está ocurriendo allí. Nunca hemos sabido quién o quiénes se ocultan tras esa cuenta, aunque sospechamos que cada curso es un grupo diferente de gente de 2.º de Bachillerato que, tras recibir el testigo de la anterior promoción, se erigen de manera espontánea en portavoces extraoficiales de la vida en el centro. Juraría que este año Iris es una de ellas, aunque lo niegue cada vez que le pregunto

e insista en que lo único que le interesa es su propio canal de YouTube y no «la radio de rumores», como llama a @lxsdelValdés, con un desprecio que la vuelve doblemente sospechosa.

Ahora mismo, la pantalla de mi móvil es un incendio gigante, múltiple, un fuego que se extiende por todas partes y que me hace pensar que, en realidad, no sé cómo ha sido el incendio real. Pero Joel sigue sin poner nada de eso. En su perfil solo ha colgado una foto en todo el día. Una señal de tráfico en la que se lee AHEAD, y que seguro que es de alguno de los viajes que hace de vez en cuando con su madre, que, por su trabajo en la Asesoría Cultural de la embajada, se pasa el día de avión en avión. Debajo, un texto breve: «¿Y si fuera tan fácil?», como todos los que escribe en sus redes, donde nunca tiene un nombre parecido al real. Ni una foto suya.

–No necesitan saber quién soy –me respondió cuando me atreví a preguntarle por qué usaba un cuadro y un *nick* tan largo (@caulfield_is_back) en todas sus cuentas.

–El *nick* es por Holden.

Confieso que no me sonaba.

–Holden Caulfield –intenté fingir que sabía de lo que estábamos hablando, pero debí hacerlo de pena, porque enseguida se dio cuenta de que no era así–. El de *El guardián entre el centeno*.

Me encogí de hombros y a él le resultó imposible ocultar su decepción.

–¿No la has leído?

Agaché la cabeza sintiéndome –no sé muy bien por qué– avergonzada. ¿Qué le importaba a ese *nerd* de tres al cuarto lo que yo hubiera leído o dejado de leer?

–Pues deberías.

Sonó seco y borde, pero, por algún extraño motivo, le hice caso.

No sé si me empecé a interesar por Joel porque me intrigaba ese tal Holden, o si mi curiosidad por Holden surgió de la que me inspiraba Joel; el caso es que avancé en la lectura de aquella novela a la vez que comenzaba a construir con él algo que aún no sabemos bien cómo llamar. Tampoco sé si Joel y Holden tienen mucho en común, pero la verdad es que, desde entonces, me cuesta pensar en uno sin sumarle la imagen del otro.

–¿Y el cuadro? –me llamó la atención esa imagen que había elegido para su perfil: un retrato en el que daba la impresión de

que el cuerpo del personaje se doblaba contra sí mismo a causa de un dolor del que no se decía el origen-. Podrías haber puesto una foto.

-Tú no tienes.

Me sorprendió que se hubiera dado cuenta. Apenas le había dado un *like* a un par de sus publicaciones, pero había sido suficiente para que él también se asomase a mi perfil, aunque no hubiera dejado rastro de su visita.

-No me gustan las fotos.

Y no le menté. En mi perfil de Insta solo se acierta a ver la silueta femenina de una postal que me trajeron mis padres de Londres. Una cita de Virginia Woolf, a quien sí que he leído, a pesar de que Joel me subestime por no conocer a Salinger. Nadie puede adivinar cómo es la chica que se oculta tras ese @s_w_a_n_n_m_e_m_e, que llené de todos los guiones que hicieron falta hasta que la aplicación admitió que no tenían ninguna otra usuaria con mi *nick*.

-A mí tampoco. Odio las fotos.

Su respuesta no respondía a mi curiosidad. Quería saber por qué esa imagen. Por qué no dejarlo en blanco. Cuando eliges algo concreto es porque tienes un motivo para hacerlo, aunque finjas -como estaba fingiendo Joel- que había sido una elección casual.

-No sé. Vi ese cuadro con mi madre, en una galería, y me gustó.

-¿De quién es?

-¿No sabes quién es y estás en un instituto de artes?

-No tengo por qué saberlo -me defendí-. No voy a hacer Bellas Artes, ¿tú sí?

-Puede.

-¿Pintura?

-Escultura.

Cómo no. Lo suyo tenía que ser todavía más minoritario. Un *nerd* de manual.

-¿Y tú?

-Imagen.

-¿Imagen de qué?

-Cine. Televisión. No sé. Algo de eso.

-Cine -repitió con un tono estúpidamente sarcástico-. No se puede hacer buen cine sin tener ni idea de pintura.

—¿Y eso quién lo dice?

—Yo.

—Genial. ¿Me vas a decir de quién es el maldito cuadro o no?

—¿Para qué? Seguro que tampoco lo conoces.

—Gracias por subestimarme, imbécil.

Se rio. Por primera vez, pero se rio. A veces creo que si hoy somos amigos, o algo similar, es porque me atreví a llamarlo imbécil en el momento justo.

—Schiele —asentí fingiendo conocerlo—. Un pintor austriaco.

El dato geográfico me sobraba, pero el nombre se quedó conmigo en el mismo lugar en que se había grabado Holden. Lo tecleé en Google y hasta llegué a crear una galería de fotos con algunos de sus cuadros. Así que cuando empecé a leer *El guardián entre el centeno*, me imaginaba a todos los personajes con los rasgos de los retratos de ese pintor, empeñado en distorsionar las figuras de sus protagonistas, y cada vez que Holden hablaba, el personaje sonaba en mi cabeza con la voz de Joel, en un cruce de imágenes y sonidos que hizo que la lectura se volviese casi obsesiva. A lo mejor, ese punto raro suyo es el culpable de que me haya interesado en él. Porque no es muy habitual que el resto de mis compañeros mencionen pintores austriacos. Es más, yo tampoco lo hago.

«¿Estás viendo el incendio, Joel?».

Le mando un wasap que no responde. Ni siquiera aparece el segundo tic, así que imagino que tendrá el teléfono desconectado, aunque me parece bastante raro que no esté despierto. Y no solo por el examen de mañana, sino porque aún es pronto para dos fanáticos del modo nocturno como nosotros. Casi todas las noches, Joel es la última persona a la que leo. Y a la que escribo. A veces, directamente; la mayoría, a través de un mensaje abierto en cualquiera de las redes que compartimos. Con alguna canción o alguna foto que, aunque no tengan destinatario ni mención, él sabe que llevan su nombre.

Le hago una pérdida, pero no me devuelve la llamada. Querrá concentrarse en los apuntes, así que me rindo y me limito a seguir mirando el fuego a través del Insta de la gente de clase. Cada vez hay más curiosos alrededor, y resulta casi imposible distinguir algo concreto en los vídeos y las fotografías que están colgando.

«Fuego casi controlado #ArdeElValdés».

«Mierda. Mañana no nos libramos de ir a clase #ArdeElValdés».

«Parece que han encontrado algo #ArdeElValdés».

El tuit de Iris de las doce y veintiuno –¿por qué las tragedias suelen ser capicúas?– es el único que llama mi atención, así que me olvido de los que siguen colgando chistes de humor negro y memes que no me hacen ninguna gracia, para centrarme en lo que va contando ella en su hilo. Lo que no me queda nada claro es si Iris hace tantas pausas entre tuit y tuit porque está informando a tiempo real, o porque le ha parecido que ese es un buen método para alimentar el suspense y ganar seguidores. No sé si eso, ahora mismo, importa mucho, pero juraría que su ritmo de publicación –un tuit, un silencio, un tuit, otro silencio– se debe más a lo segundo que a lo primero.

«La policía nos pide que nos apartemos».

Pausa.

«Creo que es algo serio».

Pausa.

«Vuelven a decirnos que nos alejemos».

Pausa.

«Los bomberos salen del edificio sosteniendo algo. ¿Una camilla?».

Doble pausa.

«No puedo estar segura desde aquí, pero juraría que llevan un muerto».

Pausa. Pausa. Pausa. Pausa.

«Sí, confirmado».

Micropausa.

«Acaban de sacar un muerto».

Siento un escalofrío. Solo puedo preguntarme si será alguien conocido. ¿Pero quién podía estar en el gimnasio del instituto a esas horas? Sigo pendiente del *hashtag*, aunque enseguida deja de llegar información nueva. La policía se ha llevado el cadáver y ya no ha dicho nada más. Todo lo que leo son suposiciones o, directamente, idas de olla de mis compañeros. No me sorprende. Ya ni siquiera me decepciona. Además, aunque yo no escriba nada, también estoy aquí. Como una más. Haciendo doble clic en las fotos que me gustan y que, la verdad, no sé por qué me gustan. Hay algo de belleza en este fuego. Algo que podría ser

hasta poético si no hubiera una muerte de por medio. Porque eso sí que lo cambia todo. Ya no es solo el plano de las llamas en medio de la noche, esa luz intensa que ni siquiera necesita filtros. #ArdeElValdés. #SinFiltros. #L4L. Alucino, en serio. #L4L. Pero qué pintará un *like for like* en la foto de un maldito incendio.

«¿Estás dormido o qué?».

«Joeeeeeeeeeel».

Insisto sin éxito. El doble tic sigue sin aparecer: Joel no da señales de vida. Por un segundo, solo por un segundo, imagino su rostro en el cadáver que acaban de sacar del instituto. Me obligo a no pensarlo –¿cómo era ese ejercicio?, ¿cómo me enseñó Alba a evitar esas imágenes en el hospital?–, pero no soy capaz de frenar mi imaginación.

–Tienes que esforzarte más, Laia. Puedes hacerlo.

No sé cuántas veces me lo repitieron.

–La imaginación es tu peor enemiga.

Y yo les decía que la necesitaba. La necesito. Porque no se puede soñar con ser guionista sin esa capacidad para imaginar.

–Escribir no es solo eso –me corregían.

¿Cómo que no? Escribir tiene que ver con salir de estas paredes. Con ponerme en la piel del otro. Con descubrir a Salinger gracias a alguien que dice llamarse como el protagonista de su novela y no saber dónde acaba la realidad del primero y dónde termina la ficción del segundo. Escribir es escapar de este odio que a veces no me deja respirar, de este terror a los espejos, a todo lo que me obliga a verme en la piel que no es mía, en el fantasma de lo que ya estuvo a punto de ocurrir y no quiero que se repita. No se puede escribir si te quitan las dudas. No se puede vivir si no sientes el vértigo de cada nuevo día.

–Necesitas ser más realista, Laia –aquel adjetivo se repetía en todas las sesiones antes de que llegara Alba–. No te pedimos que renuncies a la fantasía. Pero cuanto más te aferres a la verdad, más difícil será que esos monstruos te hagan daño.

Llevan diciéndomelo desde hace tanto tiempo que ya ni siquiera me acuerdo de cuándo empezó. Hasta el año pasado, que se convirtió, oficialmente, en *el problema*. El innumerable. El asunto del que no se habla jamás aunque los cuatro sepamos que sí ocurrió. Mi hermana, supongo, porque no se atreve. Mis padres, supongo, porque no quieren. Pero por mucho que no digamos

nada, aún está ahí, y lo peor es que no sé si internarme sirvió de algo, porque ahora mismo sigo sin saber controlar a los monstruos de los que hablaban, por mucho que Alba, la única psicóloga que llegó a comprenderme, me dijera que sí, que soy capaz de hacerlo.

Esta noche, mientras espero cada vez más angustiada el tic azul en el chat con Joel, no veo más que su mirada en la de un muerto. Y su cuerpo, entre llamas. Y me pregunto qué sentido tenía esa última foto que colgó en su Insta. «Ahead». Y hasta qué habría hecho Holden Caulfield en mi lugar en una situación así.

Seguro que no es una buena idea. Es más, estoy convencida de que es una idea pésima. Pero no lo soporto más y le llamo. Primero al móvil.

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de servicio.

Y luego, tras esforzarme por contener (sin ningún éxito) mi impaciencia, al fijo.

—¿Está Joel?

—¿Quién eres?

Su madre, que por su tono de voz debía de estar ya durmiendo, se ha llevado el susto de la semana. Se ve que no sabía nada del incendio ni del cadáver que acaba de encontrar la policía ni, por supuesto, de los monstruos de los que necesito que alguien me salve.

—Soy Laia, su compañera de clase.

Podría decir que soy Laia, su amiga en proceso. O su amiga en construcción. O, simplemente, su amiga. Pero me cuesta traducir en palabras lo que sea que tenemos Joel y yo, así que evito ponerle etiquetas que no sean grises.

—Está durmiendo.

—Pero si mañana tenemos examen...

—¿Y...?

No sé si serán imaginaciones mías, pero siento que hay algo en mí que a su madre no le gusta nada.

—¿Puedes ver si está despierto, por favor? Solo quiero preguntarle una cosa...

Resopla y accede. Imagino que por dentro estará diciendo algo sobre lo insostenibles que somos los adolescentes. O lo locos que estamos. O las tonterías que hacemos. Para qué se van a molestar en entendernos cuando pueden limitarse a juzgarnos.

-Laia, te tengo que dejar.

Su voz ha cambiado radicalmente. Ni rastro del tono medio adormilado de hace un minuto.

-¿Pasa algo?

-No está.

El incendio. Los bomberos. La camilla. La muerte. La ambulancia.

-Joel no está en su cuarto.

Los monstruos han regresado. Otra vez.

Caulfield_is_back



Muy misterioso tú, no? A ver si quedamos y me lo explicas :P.

 **Anonymous**

October 13, 2018 8:16 pm

[Report Post](#) | [Block User](#) | [Delete](#) | [Make Private](#)